

SAMUEL TOLEDANO
*Secretario General de la Federación
de Comunidades Judías*

EL ACUERDO FUNDAMENTAL ENTRE LA SANTA SEDE Y EL ESTADO DE ISRAEL. UN PUNTO DE VISTA JUDIO

«Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación» (*Nostra Aetate*, n.º 4, octubre 1965). De igual forma «los cristianos deben esforzarse por aprender las características esenciales por las que se definen los judíos» (*Orientaciones*, enero 1975). También se invita a los cristianos a «comprender que la memoria de la tierra de sus antepasados está en el corazón de su esperanza» (*Notas para la predicación y la enseñanza*, junio 1985). El camino hacia la normalización de las relaciones entre la Santa Sede y el Estado de Israel había sido allanado teológicamente mucho antes del 30 de diciembre de 1993, fecha de la firma del histórico Acuerdo Fundamental entre los dos Estados.

Al haberse despejado políticamente el camino para ello, el Acuerdo firmado en Jerusalem constituye ciertamente la culminación de un proceso, y quizá el final del comienzo.

La ausencia de relaciones diplomáticas había significado un desafortunado obstáculo en el notabilísimo progreso de la reconciliación entre judíos y cristianos, hasta el extremo que había oscurecido a menudo la visión de lo muy lejos que se había conseguido alcanzar en ese camino.

Creo incluso que de alguna manera ello había llegado a ser cierto entre los católicos, a modo de sospecha, que la Iglesia no podía o no quería llegar a aceptar la idea del retorno y menos aún la soberanía del pueblo judío sobre su tierra ancestral.

Era ciertamente el caso entre amplios sectores del pueblo judío, por lo que el establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre la Santa Sede y el Estado de Israel permitirá a los que nos encontramos comprometidos en la vía de la reconciliación, del mutuo entendimiento y de la cooperación, de empezar a captar la atención de muchos que no lo tomaban en serio en ausencia de tales relaciones. Como es bien sabido, las relaciones judeo-cristianas no revisten el mismo cariz en todas partes. Existen vastas áreas en las que la propia *Nostra Aetate* ni siquiera es conocida. En otras se ha superado el umbral para profundizar en un intercambio fructífero llamado a reforzarse cada vez más. Las recién establecidas relaciones vienen a remover el último impedimento significativo al progreso del acercamiento judeo-cristiano y su contribución al bienestar y mejora de la humanidad.

La nueva aurora de una vieja relación permitirá superar un larguísimo pasado, cerca de dos mil años, marcado por un doloroso enfrentamiento entre Judaísmo y Cristianismo, dos religiones nacidas en la misma tierra, «de las mismas fecundidades de la Biblia», en palabras de André Chouraqui, pero de las cuales una buscó imponerse a expensas de la otra. Sin remontarnos a los períodos negros de las Cruzadas, de la Inquisición y de las persecuciones, la historia reciente es todavía testimonio de ese duelo a distancia, en el que entran en juego la Historia, la fe y la política, y que opone Roma a Jerusalem.

En 1904 el padre del sionismo, Theodoro Hezl, va al Vaticano a solicitar el apoyo del Papa Pío X en su campaña para crear un hogar nacional judío en Palestina. *Non possumus* le contesta el Santo Padre, citando un elenco de razones que muestran lo ancho del abismo que separa a las dos partes. «Los judíos eran los primeros que debieron reconocer a Cristo. Aún no lo han hecho. No podemos reconocerles un sitio en los Santos Lugares. Si vais a Palestina y si establecéis allí a vuestro pueblo, queremos estar preparados antes con iglesias y sacerdotes, listos para convertirlos a todos.»

Hasta muy tarde la palabra «Israel» no figura en el lenguaje vaticano. Cuando la Orquesta Filarmónica de Israel da un concierto en Roma ante Pío XII, se espera el deshielo. Al día siguiente, el *Osservatore Romano* escribe que el Papa tomó la palabra ante «músicos judíos oriundos de catorce nacionalidades distintas». En 1963, visitando Tierra Santa, el Papa Pablo VI hace abrir la frontera entre Jordania e Israel para evitar ser recibido oficialmente en Jerusalem. No pronuncia ni una sola vez las palabras «Israel» o «judío», dirigiéndose a sus huéspedes mediante la sibilina expresión de «los hijos del pueblo de la Alianza». De vuelta en Roma, envía un telegrama a «Su Excelencia Sr. Shazar,

Tel Aviv», fingiendo ignorar que el Sr. Shazar era Presidente del Estado de Israel con residencia en Jerusalem.

El Concilio Vaticano II, celebrado entre 1962 y 1965, pone fin a la «enseñanza del desprecio», denunciada ante Juan XXIII por el historiador Jules Isaac. Condena el antisemitismo, elimina los hirientes estereotipos de pueblo deicida, de pérfidos judíos, y abre con ellos un diálogo que se prosigue y se profundiza cada vez más desde entonces. Pero ni una sola palabra sobre el Estado de Israel. Temerosos de las posibles represalias contra las minorías cristianas de Oriente, los obispos católicos de los países árabes enemigos de Israel ponen su empeño en evitar durante las dos últimas sesiones del Concilio que se publique la Declaración *Nostra Aetate*.

En 1991, el portavoz del Vaticano, Joaquín Navarro Valls, niega oficialmente que la Santa Sede no «reconoce» al Estado de Israel, prosiguiendo que la ausencia de relaciones formales y de intercambio de embajadores no es óbice para un reconocimiento *de facto*, y que sólo «dificultades jurídicas» impiden relaciones formales.

En realidad tal reconocimiento *de facto* existe desde hace muchos años. Nunca estuvo cerrada la puerta del Santo Padre a los dirigentes israelíes. Desde Golda Meir a Shimon Peres, todos o casi todos fueron recibidos en el Vaticano. En 1963, tanto en Israel como en todo el mundo judío, se llora la muerte del «buen» Papa Juan XXIII. Delegaciones judías e israelíes acuden a Roma a las ceremonias de exequias e introducción de los Sumos Pontífices.

El Vaticano, lejos de ser reacio al cambio, ha visto su prestigio internacional alcanzar nuevas cimas bajo Juan Pablo II. La Santa Sede se cuenta hoy entre las potencias mundiales con más influencia y plenamente acreditada ante más de una docena de organismos internacionales. A pesar de las críticas internas de ciertos sectores católicos y de incidentes poco gratos para los judíos, como el Convento de Carmelitas de Auschwitz, el actual Papa ha adquirido un elevado perfil internacional. Viajero incansable, visitó más de cien países en los cinco continentes. Un destacado comentarista católico, Peter Hebblethwaite, le describe como «el más evidente candidato al papel de maestro moral de la humanidad». Fue bajo su influencia como la Comisión de la Santa Sede para las Relaciones Religiosas con los Judíos declaró en Praga en 1990 que «el antisemitismo es un pecado contra Dios y contra la Humanidad. No se puede ser auténticamente cristiano y profesar el antisemitismo».

El nuevo ímpetu derivado de la renovación de la teología, de los múltiples contactos judeo-cristianos, ha llevado a la iniciación de proyectos innovativos en la catequesis y la educación, cuyas pioneras fueron en

muchos casos las Hermanas de Sion. Uno de los más recientes es el acuerdo entre la Archidiócesis de Nueva York y el Centro Simon Wisenthal para que este último facilite conferencias y material educativo sobre historia judía, Israel y el Holocausto en 300 colegios y 100.000 alumnos católicos de la Archidiócesis. Está plenamente justificada la afirmación del arzobispo Barbarito de que las relaciones judeo-cristianas han «mejorado notablemente desde el Vaticano II y que, a pesar de algunos problemas aún por esclarecer, ambas comunidades pueden proseguir con confianza su andadura».

El Comité del Episcopado Francés para las Relaciones con el Judaísmo publicó un comunicado firmado por su Presidente, Monseñor Gaston Poulain, y su Secretario, el R.P. Jean Dujardin, el 3 de enero de 1994, a escasos días de la histórica firma del Acuerdo Fundamental, manifestando su profunda alegría por tan importante acontecimiento. «Hay que esperar que el Acuerdo disipará todas las incertidumbres que permanecían en la conciencia de muchos Cristianos acerca de la legitimidad del retorno del pueblo judío a la tierra de Israel. Hay también que esperar que convencerá al pueblo judío de la profundidad del cambio de la mirada de la Iglesia hacia él. Hay que esperar, por fin, que permitirá el establecimiento de la paz en la justicia para todos. Este Acuerdo es un acuerdo diplomático en el sentido estricto entre dos sujetos del derecho internacional, pero tiene un alcance ético. Demuestra por la referencia de cada uno al derecho de libertad religiosa que el Estado de Israel, al tiempo que es el Estado privilegiado de los judíos, es un Estado auténticamente laico, es decir, respetuoso de la diversidad de las adscripciones religiosas. Demuestra igualmente la voluntad de la Iglesia de vivir su vocación propia en esa tierra dentro del más absoluto respeto de la conciencia de cada uno.» ¡Cuánto camino recorrido en pocas décadas!

Poco antes de la firma, Clifford Longley escribía: «Roma se considera por la mayoría de los dirigentes judíos como la máxima autoridad moral en el mundo Cristiano. En términos simbólicos, el reconocimiento por el Vaticano sería la “Declaración Balfour de la Cristiandad”.»

Es innegable que el Acuerdo fomentará los esfuerzos de la Diáspora judía y de la Iglesia Católica para combatir el creciente antisemitismo, en particular, en la Europa Occidental y Central y en la ex Unión Soviética. Por encima de todo, subrayará lo que, en palabras del Dr. Meir Mendes, une más que separa a la iglesia de la sinagoga: «la lucha contra el ateísmo, el combate en pro de la justicia, la unidad en una ética y en la búsqueda de la paz, ... un lazo espiritual, una raíz común: la Biblia».

Conscientes de la magnitud del paso dado, ambas partes han con-

fiado el inicio de sus relaciones normales a fines diplomáticos que sabrán, sin duda, sortear los escollos propios de toda nueva era: por parte de la Santa Sede, al Nuncio Andrea Cordero Lanza di Montezemolo, que ya era Delegado Apostólico, y por parte de Israel, al embajador Samuel Hadas, quien auspició con tacto y tesón el delicado establecimiento de las relaciones entre España e Israel, y fuera el primer embajador en Madrid.

Más aún que la Santa Sede e Israel, es quizá la humanidad entera quien necesita lazos entre el moderno Estado de Israel, creado por el más antiguo Pueblo de Dios, y el Estado Vaticano, que representa la más antigua y mayor rama de la Cristiandad. El antisemitismo cristiano y el antijudaísmo reflejaron otrora el «odio más largo». El hecho que una área milenaria de odio se transforme simbólicamente en una nueva relación amistosa entre la Santa Sede e Israel envía un poderoso mensaje al mundo de que los conflictos pueden resolverse. Como signo tangible de esperanza y redención, demostrará que se puede superar el pasado por el perdón y la restauración.